

NACIDOS PARA VENCER

*Miércoles, 1 de diciembre de 1999
Curitiba, Paraná, Brasil*



DR. WILLIAM SOTO SANTIAGO

NOTA AL LECTOR

Es nuestra intención hacer una transcripción fiel y exacta de este Mensaje, tal como fue predicado; por lo tanto, cualquier error en este escrito es estrictamente error de audición, transcripción e impresión, y no debe interpretarse como errores del Mensaje.

El texto contenido en esta conferencia puede ser verificado con las grabaciones del audio o del video.

Este folleto debe ser usado solamente para propósitos personales de estudio hasta que sea publicado formalmente.

NACIDOS PARA VENCER

*Dr. William Soto Santiago
Miércoles, 1 de diciembre de 1999
Curitiba, Paraná, Brasil*

Muy buenas noches, amados amigos y hermanos presentes en la ciudad de Curitiba, en la República del Brasil. Es para mí una bendición y privilegio grande estar con ustedes en esta ocasión, para compartir con ustedes unos momentos de compañerismo alrededor de la Palabra de Dios y Su Programa correspondiente a este tiempo final.

Para lo cual quiero leer en Romanos, capítulo 8, versos 35 en adelante (hasta el 39), donde nos dice:

*“¿Quién nos separará del amor de Cristo?
¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?*

Como está escrito:

*Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;
Somos contados como ovejas de matadero.*

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni

lo por venir,

ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

También leemos en Hebreos, capítulo 5... y también vamos a leer otra Escritura de Hebreos, la cual es muy importante para nosotros y la cual necesitamos conocer bien para que podamos comprender el por qué estamos en este planeta Tierra. Es donde nos dice que Cristo habría de traer muchos hijos a la gloria. Vamos a ver en qué lugar se encuentra esta Escritura. En el capítulo 2, verso 9 en adelante, de Hebreos, dice:

“Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.

Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.

Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos,

diciendo:

*Anunciaré a mis hermanos tu nombre,
En medio de la congregación te alabaré.*

Y otra vez:

Yo confiaré en él.

Y de nuevo:

He aquí, yo y los hijos que Dios me dio.

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir

por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo,

y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.

Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham.

Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.

Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”.

Que Dios bendiga nuestras almas con Su Palabra y nos permita entenderla. Nuestro tema es: **“NACIDOS PARA VENCER”**.

Nosotros necesitamos comprender que no estamos en este planeta Tierra por mera casualidad; estamos a causa de un propósito divino.

Y tenemos un hermano mayor, que se llama: el Señor Jesucristo; por eso Él dice que no se avergüenza de llamarnos hermanos. Y también dice: *“Anunciare a mis hermanos tu nombre”*¹, o sea, el Nombre de Dios.

Y también nos enseña, este pasaje que leímos, que Él dice: *“He aquí, yo y los hijos que Dios me dio”*².

Los hijos de Dios vienen por medio de Jesucristo, por medio de creer en Cristo como nuestro Salvador, lavar nuestros pecados en Su Sangre y recibir Su Espíritu Santo, y así obtener el nuevo nacimiento; y nacemos como hijos e hijas de Dios.

Cuando nacimos según la carne (por nuestros padres terrenales), no nacimos como hijos de Dios, nacimos como

1 Salmo 22:22

2 Isaías 8:18

hijos de nuestros padres terrenales; pero por medio de la fe en Cristo, al recibirlo como nuestro Salvador y recibir Su Espíritu: obtuvimos el nuevo nacimiento, y nacimos como hijos e hijas de Dios en el Reino de Dios.

De esto fue de lo que le habló Jesús a Nicodemo en el capítulo 3, verso 1 al 6, cuando le dice a Nicodemo que era necesario nacer de nuevo para poder ver el Reino de Dios o Reino de los Cielos. Y Nicodemo, el cual estaba interesado en el Reino de Dios, le pregunta cómo podía hacerse esto. En el capítulo 3, el verso 4, dice [San Juan]:

“Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?”

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”.

Es un asunto de entrar al Reino de Dios, y hay una sola forma para entrar al Reino de Dios: por medio de creer en Cristo como nuestro Salvador, y lavar nuestros pecados en Su Sangre, y recibir Su Espíritu Santo; y así nacemos de nuevo, nacemos en el Reino de Dios, y obtenemos el cuerpo teofánico de la sexta dimensión.

Y ahora, Jesús le dice también:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”.

Y tampoco nosotros nos podemos maravillar de que sea necesario nacer de nuevo para entrar al Reino de Dios.

Los discípulos de Jesucristo, mientras estuvieron con Jesús en la Tierra, en el ministerio terrenal de Jesús, aunque eran creyentes en Jesucristo todavía no habían

nacido de nuevo porque no habían recibido el Espíritu Santo; pero Cristo en Su Programa de Salvación, al morir en la Cruz del Calvario y resucitar al tercer día, y luego ascender 40 días después de Su resurrección, y ascender al Cielo y sentarse a la diestra de Dios, 10 días después de ascender al Cielo y sentarse en el Trono de Dios, vino el Espíritu Santo sobre 120 personas que estaban en el aposento alto, orando y esperando la Venida del Espíritu Santo; y allí nacieron de nuevo 120 personas el Día de Pentecostés³; y de ahí en adelante han estado naciendo de nuevo miles y millones de personas, desde aquellos días hasta este tiempo final.

Y ahora, se nace en el Reino de Dios para vencer; y la primera victoria es recibir a Cristo como nuestro Salvador, lavar nuestros pecados en Su Sangre y recibir Su Espíritu Santo, y así obtenemos el nuevo nacimiento; y eso es una victoria para cada uno de nosotros.

Y ahora, podemos ver que la persona que nace de nuevo, nace para vencer; y la primera victoria es nacer de nuevo. Y luego, para el Día Postrero, obtendrá un cuerpo eterno y glorificado, y será plenamente a imagen y semejanza de nuestro amado Señor Jesucristo.

Por eso hemos nacido: para vencer; y obtendremos la Gran Victoria en el Amor Divino, y tendremos un cuerpo eterno, como el cuerpo eterno y glorificado del Señor Jesucristo; y eso será la Gran Victoria en el Amor Divino; y ya dejaremos de ser mortales: seremos inmortales en el cuerpo físico, porque será un cuerpo físico eterno y glorificado, igual al cuerpo de Jesucristo nuestro Salvador; para eso es que nacemos: NACEMOS PARA VENCER.

Cristo está creando una nueva raza con vida eterna,

y la primera parte en el Programa de la creación de esa nueva raza es el nuevo nacimiento, en donde la persona obtiene el cuerpo teofánico de la sexta dimensión; esa es la imagen de Dios, ese es el cuerpo teofánico en el cual Jesucristo ha estado siempre, y del cual Cristo habló cuando dijo: *“Antes que Abraham fuese, yo soy”*.

Eso fue en la conversación que tuvo con algunos judíos en el capítulo 8, verso 56 al 58, cuando dice a los judíos [San Juan]: “Abraham deseo ver mi día; lo vio, y se gozó”. Le dicen: “No tienes cincuenta años, ¿y dices que has visto a Abraham?”. Jesús dice a ellos: “Antes que Abraham fuese, yo soy”.

¿Y cómo era Jesús antes de estar en el cuerpo físico?, porque el cuerpo físico de carne nació en Belén de Judea a través de la virgen María; pero antes de tener ese cuerpo de carne, pues Jesús ya tenía Su cuerpo glorificado o Su cuerpo teofánico, Su cuerpo teofánico de la sexta dimensión; y en ese cuerpo teofánico les aparecía a los profetas del Antiguo Testamento, y era llamado el Ángel de Jehová, el Ángel del Pacto.

Ese Ángel del Pacto que libertó al pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto es nuestro amado Señor Jesucristo. Ese Ángel del Pacto que le apareció a Abraham como Melquisedec en Su cuerpo teofánico es nuestro amado Señor Jesucristo.

Por eso Jesucristo es Melquisedec, el Sacerdote del Templo celestial, el Sumo Sacerdote del Templo celestial, el cual entró al Lugar Santísimo con Su propia Sangre, para hacer intercesión por todos nosotros en el Templo celestial, en el Lugar Santísimo, donde está el Trono de Dios allá en el Cielo; y se sentó sobre el Propiciatorio: el Trono de Dios; y ha estado haciendo intercesión con Su

propia Sangre hasta que entre hasta el último escogido de Dios, predestinado de Dios, al Cuerpo Místico de Cristo.

Cuando haya hecho intercesión hasta por el último de los escogidos, entonces habrá terminado Su Obra de Intercesión en el Cielo, como lo hacía el sumo sacerdote en el tabernáculo que construyó Moisés y en el templo que construyó el rey Salomón.

En el día de la expiación, que era el día 10 del mes séptimo de cada año, se llevaba a cabo la expiación del macho cabrío; y el sumo sacerdote era el que lo sacrificaba, y luego llevaba la sangre hasta el lugar santísimo, y esparcía con su dedo siete veces sobre el propiciatorio, donde estaba la presencia de Dios en la luz de la Shekinah; y eso era para la reconciliación del pueblo hebreo con Dios, ese era el día de la reconciliación; y por eso cada año se efectuaba el día de la expiación. Si en un año no se efectuaba, pues el pueblo no quedaba reconciliado con Dios, y por consiguiente el juicio divino vendría sobre el pueblo.

Por eso ustedes pueden ver que sobre el pueblo hebreo ha estado viniendo el juicio divino por todos estos siglos. Ya no tienen templo, ni el de Moisés, ni el de Salomón; ni tienen sumo sacerdote efectuando esos sacrificios; y ya no hay necesidad de esos sacrificios, porque Jesucristo ya ha efectuado el Sacrificio por el pecado. Por lo tanto, Dios acepta solamente un sacrificio: el Sacrificio de Cristo en la Cruz del Calvario, y solamente una Sangre: la Sangre de Jesucristo, la cual nos limpia de todo pecado y nos reconcilia con Dios.

La reconciliación con Dios es por medio de Jesucristo, el cual efectuó el Sacrificio perfecto, el cual estaba tipificado en la expiación del día 10 del mes séptimo;

pero cuando se cumplió en Jesucristo, ya Dios no acepta sacrificios de animalitos.

Y ahora, la descendencia de Abraham celestial, que son los hijos e hijas de Dios, los escogidos de Dios, el Israel celestial, está siendo reconciliado con Dios por todos estos años desde el Día de Pentecostés en adelante, porque Cristo está haciendo intercesión en el Lugar Santísimo del Templo espiritual.

Y cuando haya sido reconciliado hasta el último de los que tienen Sus nombres en el Cielo escritos, entonces habrá quedado reconciliado el Israel celestial; y entonces Cristo saldrá del Trono de Intercesión, tomará el Título de Propiedad, que es el Libro de los Siete Sellos, y entonces lo abrirá en el Cielo y reclamará todos los que Él ha redimido con Su Sangre, y resucitará a los muertos en Cristo y a nosotros nos transformará; y luego nos iremos con Cristo a la Cena de las Bodas del Cordero en el Cielo. Y entonces veremos a Jesucristo en Su cuerpo glorificado, porque también nosotros tendremos cuerpos glorificados.

Ahora, vean ustedes el por qué hemos nacido en este planeta Tierra: hemos nacido para vencer. No estamos aquí en la Tierra para comer, dormir, trabajar, comer, dormir y trabajar; eso es lo mismo que hacen hasta los animales: comer, dormir, y trabajar en algunas cosas (algunos de ellos); hay otros que son bastante vagos y hay que darles la comida.

Y ahora, vean ustedes, el propósito de nuestra existencia en este planeta Tierra es vida eterna; y para eso hacemos contacto con la vida eterna, que es Jesucristo, en el tiempo que nos toca vivir, para así ocupar nuestra posición en el Reino de Dios, cada uno en el tiempo que le

toca vivir. A unos les toca en un tiempo y a otros les toca en otro tiempo.

Ahora, podemos ver que el propósito de nuestra vida en la Tierra es más glorioso de lo que nos imaginábamos: estamos aquí para confirmar nuestro lugar en el Reino de Dios.

Dijo el reverendo William Branham en el mensaje “Probando Su Palabra” (página 42 en español), y contenido en este libro de *Citas*, en la página 134, párrafo 1197; dice el reverendo William Branham:

1197 - “Él prueba todas Sus Palabras - todas Sus Palabras. Solo piensen en ello: ¡Todas Sus Palabras! Y ustedes eran Su Palabra. Él era la Palabra, y ustedes eran parte de Su Palabra. Y esa es la razón [por la] que ustedes fueron mandados acá, para confirmar su lugar en la vida”.

Y nosotros, al venir a esta Tierra, hemos venido para confirmar nuestro lugar en la vida eterna; por eso pasamos por este planeta Tierra: para confirmar nuestro lugar en la vida eterna; por eso somos llamados y colocados en la edad que nos toca vivir, cada uno en la edad que le toca vivir.

Y ahora a nosotros nos ha tocado vivir en este tiempo final en la Edad de la Piedra Angular. El Cuerpo Místico de Cristo, el reverendo William Branham lo representó en un monte en forma de pirámide, y colocó las diferentes edades de la Iglesia de Jesucristo entre los gentiles: colocó siete edades con siete mensajeros, y diferentes territorios; y todo eso fue representado en las siete iglesias de Asia Menor que fueron escogidas en el libro del Apocalipsis⁴. Y luego de esas siete etapas viene la Edad de la Piedra Angular, la Edad del Amor Divino.

Cada edad se cumplió en un territorio. En Asia Menor la primera edad entre los gentiles; luego se cumplieron cinco edades en Europa, en diferentes naciones europeas, y cada edad tuvo su mensajero; luego la séptima edad se cumplió en Norteamérica, y el reverendo William Branham fue el mensajero de esa séptima edad y también fue el precursor de la Segunda Venida de Cristo, enviado con el espíritu y virtud de Elías para precursar la Segunda Venida de Cristo.

Y luego, la Edad de la Piedra Angular se cumple en la América Latina y el Caribe, donde Cristo llama y junta a Sus escogidos de este Día Postrero, y los coloca en Su Iglesia, en la Edad de la Piedra Angular, la Edad del Amor Divino, para obtener la Victoria en el Amor Divino, porque hemos nacido para vencer.

Ahora podemos ver el por qué estamos viviendo en este planeta Tierra. Y cuando entendemos estas cosas, podemos ver que la vida es más importante de lo que nosotros nos imaginábamos.

Hay un propósito divino en nuestra vida, y por eso nuestra vida terrenal tiene un por qué; y cuando uno encuentra el porqué de su vida en la Tierra entonces le da gracias a Dios por vivir en esta Tierra y escuchar la Voz de Dios en este tiempo final.

Cristo dijo: “El que es de Dios, la Voz de Dios oye”⁵. También dijo: “Mis ovejas oyen mi Voz y me siguen”⁶.

En San Juan, capítulo 10, Jesús hablando de Sus ovejas... porque Él representó a todos los hijos de Dios en ovejas, y Cristo se representó en el Buen Pastor. Capítulo 10, verso 14 al 16, de San Juan, dice:

5 San Juan 8:47

6 San Juan 10:27

*“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,
así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre;
y pongo mi vida por las ovejas”.*

Él iba a morir, ¿por qué? Por cada uno de nosotros: por nosotros que vivimos en este tiempo y por los que han vivido en edades pasadas. Sigue diciendo:

“También tengo otras ovejas que no son de este redil (o sea que no son del pueblo hebreo, son gentiles); aquellas también debo traer; y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”.

Habrá un rebaño: esa es la Iglesia de Jesucristo, y un Pastor: ese es nuestro amado Señor Jesucristo, el Buen Pastor.

Y ahora, ¿cómo Él va a llamar, va a traer, esas ovejas al Redil, a Su Iglesia? De edad en edad Jesucristo en Espíritu Santo ha estado manifestado en el ángel mensajero de cada edad, en el territorio correspondiente a cada edad; y por medio de ese mensajero, Jesucristo en Espíritu Santo ha estado llamando y juntando a Sus ovejas en Su Redil, en Su Iglesia.

Y ahora en este tiempo final está llamando y juntando a Sus últimas ovejas, Sus últimos escogidos. ¿En dónde? En Su Redil, en Su Iglesia. ¿Qué territorio? La América Latina y el Caribe.

Y ahora, podemos ver el porqué de nuestra existencia en este planeta Tierra, y el porqué de esa necesidad en nuestra alma. Deseábamos conocer el porqué de nuestra vida en la Tierra, deseábamos conocer el Programa Divino, y ahora Él lo está dando a conocer a todos nosotros.

Y ahora podemos ver que el llamado final de Cristo es en la América Latina y el Caribe; y después se tornará al

pueblo hebreo para llamar y juntar 144.000 hebreos que están escritos en el Cielo, en el Libro de la Vida; pero antes llama y junta a Sus escogidos de entre los gentiles para completar Su Redil, Su Iglesia de entre los gentiles en este tiempo final, para luego resucitar a los muertos en Cristo y transformarnos a nosotros los que vivimos. Los que permanezcamos vivos hasta que los muertos en Cristo sean resucitados: seremos transformados, porque hemos nacido para vencer.

Hemos nacido para obtener la victoria, la Gran Victoria en el Amor Divino, y obtener la inmortalidad para toda la eternidad, y obtener un cuerpo eterno, inmortal y glorificado y jovencito para toda la eternidad, que representará de 18 a 21 años para toda la eternidad; y así ser a imagen y semejanza de Jesucristo nuestro Salvador.

Ese es el Programa Divino para cada uno de ustedes y para mí también. Hemos nacido para vencer; y la victoria la obtenemos por medio de Jesucristo nuestro Salvador, Él es el que nos da la victoria.

Y ahora, conscientes del motivo de nuestra existencia en esta Tierra, caminemos hacia adelante sirviéndole con toda nuestra alma, escuchando Su Voz, Su Palabra, y siendo preparados para ser transformados en este tiempo final; y siempre trabajando en Su Obra todos los días de nuestra vida.

Ha sido para mí un privilegio grande estar con ustedes en esta ocasión, dándoles testimonio del porqué del haber nacido nosotros en este planeta Tierra. Recuerden que estamos aquí por un propósito divino.

Un poquito más aquí y vean lo que dice San Pablo: en el capítulo 8 de Romanos, dice [verso 14]:

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de

Dios, estos son hijos de Dios”.

Estas son las personas que han creído en Cristo como su Salvador, han lavado sus pecados en Su Sangre y han recibido Su Espíritu Santo, y son guiados por el Espíritu Santo.

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”.

Al ser glorificados, pues tendremos el cuerpo glorificado. Vamos a ser glorificados, vamos a ser transformados y vamos a tener un cuerpo glorificado.

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”.

Esa manifestación de los hijos de Dios en cuerpos eternos, con vida eterna, con cuerpos glorificados, y jovencitos para toda la eternidad, y con todo lo que perdió Adán y Eva restaurado a nosotros; y todo el poder y autoridad de Dios colocado en nosotros. Toda la Creación está esperando ese momento, y eso será la resurrección de los muertos en Cristo y la transformación de nosotros los que vivimos.

“Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza;

porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora;

y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”.

La adopción que esperamos es la redención de nuestro cuerpo; en donde obtendremos nuestra transformación, y obtendremos así el cuerpo eterno, jovencito y glorificado, igual al cuerpo glorificado de Jesucristo nuestro Salvador.

“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?

Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.

Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los

que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”.

Dios nos conoció desde antes de la fundación del mundo, porque Él es omnipresente y omnisciente, por lo tanto, Él sabe lo que va a suceder en el futuro; y Él, por consiguiente, desde antes de la fundación del mundo nos vio aquí sentados.

Él desde antes de la fundación del mundo nos predestinó para ser adoptados hijos Suyos, nos predestinó para que seamos conforme a la imagen de Jesucristo y conforme a la semejanza de Jesucristo; para que tengamos la imagen de Jesucristo: eso es el cuerpo teofánico; y para que tengamos la semejanza de Jesucristo: eso es el cuerpo glorificado.

Hemos sido predestinados por Dios desde antes de la fundación del mundo para ser como Jesucristo nuestro Salvador, para Él ser el primogénito entre muchos hermanos. Nuestro hermano mayor, algunas veces pensamos que es el que nació primero en nuestra familia; pero ese es nuestro hermano según la carne por medio la familia terrenal; pero nuestro hermano mayor es Jesucristo nuestro Salvador, Él es nuestro hermano.

“... para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos”.

Recuerden que pertenecemos a una Nueva Creación con vida eterna al recibir a Cristo como nuestro Salvador y recibir Su Espíritu, y obtener así el nuevo nacimiento. Hemos nacido en una nueva familia: una Familia celestial, en la Familia de Dios, de la cual Jesucristo es el primogénito. Él es el principio⁷ de la Creación de Dios, de esa nueva raza con vida eterna; y como Él es, serán

también todos Sus hermanos. Por medio de Jesucristo es que vienen a vida eterna todos los hijos e hijas de Dios.

“Y a los que predestinó, a éstos también llamó...”.

Veán, cuando Cristo llama a la persona, él fue predestinado desde antes de la fundación del mundo. El llamado es para los que Él predestinó desde antes de la fundación del mundo. Él dijo: “Mis ovejas oyen mi Voz, y me siguen”. “El que es de Dios, la Voz de Dios oye”.

Cuando habló de Sus ovejas, que son los hijos de Dios, dijo: “Tuyos eran, y me los diste”⁸. ¿Y para qué se los dio? Para darles vida eterna. Sigue diciendo:

“... y a los que llamó, a éstos también justificó...”.

Ser justificado es quedar como si nunca en la vida hubiese pecado la persona; porque la Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado⁹, y entonces quedamos como si nunca hubiésemos pecado.

“... y a los que justificó, a estos también glorificó”.

Veán, en la mente de Dios todo el Programa estuvo desde antes de la fundación del mundo, y luego Él va cumpliendo Su Programa. Y nosotros seremos glorificados, tendremos un cuerpo glorificado; ya eso está en el Programa de Dios desde antes de la fundación del mundo, y se tiene que materializar en nosotros, porque hemos nacido para vencer.

Y ahora, dice San Pablo:

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”.

8 San Juan 17:6

9 San Juan 1:7

Recuerden que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, y con Cristo es que nosotros heredamos; y con Él Dios nos dará todas las cosas. A lo que Él es heredero, somos herederos también nosotros.

Él es Rey de reyes y Señor de señores, y nosotros somos reyes con Él. Él es el Sumo Sacerdote del Templo celestial, y nosotros somos sacerdotes con Él: pertenecemos al Orden Sacerdotal del Cielo, del Templo celestial.

Y ese Orden Sacerdotal no es el orden de Leví, del cual Aarón vino, sino que es el Orden de Melquisedec; ese el Orden celestial. Y de ese Orden celestial Él es Rey, y nosotros somos reyes del Orden de Melquisedec.

Él también es Juez, y nosotros también con Él; por eso es que juzgaremos al mundo y aun a los ángeles, nos dice San Pablo. Él dice: “¿No saben ustedes que los santos juzgarán al mundo y aun juzgarán a los ángeles?”¹⁰, a los ángeles caídos.

Ahora, dice San Pablo:

*“... ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?
¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.*

¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”.

Por eso, cuando cometen los hijos de Dios alguna falta o pecado, la confiesan a Cristo arrepentidos de haberla cometido, echan esos pecados en la Sangre de Cristo, y son quitados; porque la Sangre de Cristo nos limpia de todo pecado, y está disponible para todos nosotros las 24 horas del día.

Si la persona no se arrepiente de sus pecados pues no

los puede confesar, porque estaría pidiendo el perdón de sus pecados sin haberse arrepentido; y eso no funciona.

Ahora, podemos ver que tenemos las 24 horas del día la Sangre de Jesucristo disponible para nosotros, para así tener las vestiduras limpias todo el tiempo.

Así como tenemos agua y jabón para tener nuestro cuerpo limpio: todos los días usamos el agua y el jabón para mantener nuestro cuerpo limpio, y también para lavar la ropa; y si se le pega alguna mancha le echamos blanqueador, y saca la mancha de la tinta o de alguna otra cosa. No botamos la ropa porque se nos manchó, más bien la lavamos, le echamos blanqueador en los lugares donde lo necesite; y la ropa queda limpia y la seguimos usando. Y Jesucristo no nos desecha a nosotros porque hayamos faltado o pecado, sino que nos tiene disponible Su Sangre las 24 horas del día, ¿para qué? Para que tengamos nuestras vestiduras limpias y blancas todo el tiempo.

Ahora, podemos ver que hemos nacido para vencer, y nada nos apartará del amor de Dios¹¹, que es en Cristo Jesús; ni los problemas, ni los errores, ni el diablo, ni los ángeles, ni persecuciones, ni espada, ni la muerte, ni la vida tampoco. Todo lo que hay, no nos apartará del amor de Dios. O sea que Dios no nos desecha. Él nos ama, y nos mantendremos con Él por toda la eternidad, porque hemos nacido para vencer.

“NACIDOS PARA VENCER”.

Cuando uno entiende esto, no se detiene en su vida: sigue hacia adelante sirviendo a Cristo. Nunca se apartará de Cristo, no importa lo que pase en su vida; y dirá: “Todo obrará para bien”. Arregla su vida en lo que sea, y arregla sus problemas, y sigue hacia adelante en su vida.

Y no importa las pruebas que tenga en la vida: sigue hacia adelante, porque algún día las pruebas se terminarán. ¿Cuándo? Cuando hayamos terminado nuestra etapa de prueba, que es estando en estos cuerpos mortales.

Cuando estemos en el nuevo cuerpo ya no tendremos etapas de prueba; ya todo será felicidad, todo será eternidad, sin ningún problema; porque en el nuevo cuerpo ya habrán terminado todos los problemas. Los problemas son mientras estamos en estos cuerpos mortales, porque estamos siendo probados, pero hemos nacido para vencer.

“NACIDOS PARA VENCER”, para obtener la Gran Victoria en el Amor Divino, y obtener la inmortalidad para toda la eternidad.

Que las bendiciones de Jesucristo, el Ángel del Pacto, sean sobre todos ustedes y sobre mí también; y pronto se complete el número de los escogidos de Dios, y pronto todos seamos transformados, y los muertos en Cristo sean resucitados en cuerpos eternos, y todos juntos seamos llevados con Cristo a la Cena de las Bodas del Cordero en el Cielo. En el Nombre Eterno del Señor Jesucristo. Amén y amén.

Que Dios les bendiga y les guarde a todos.

“NACIDOS PARA VENCER”.

